

El ciervo y la sombra

DIEGO AMEIXEIRAS



PREMIO NACIONAL DE LA CRÍTICA 2021

Mateo, el protagonista de esta vibrante y conmovedora novela de Diego Ameixeiras, intenta salir adelante vendiendo cocaína y dejándose llevar por los extraños negocios que le ofrece Silvio, su mejor cliente y viejo amigo con el que se siente en deuda. Al mismo tiempo, mientras se esfuerza en superar la muerte de sus padres en un accidente de tráfico, se ocupa de atender a Eulalia, una maestra jubilada que ya no puede llevarle flores a su hermano muerto. En la lucha por superar la orfandad y no rendirse ante las circunstancias, Mateo busca el apoyo de Andrés, un sacerdote que años atrás lo ayudó a desintoxicarse y ahora insiste en solucionarle las dudas de fe. La inesperada aparición de Irene en la ciudad, una relación que lo marcó para siempre, y el descubrimiento de La Barronka, un edificio rehabilitado por un grupo de anarquistas, encienden en Mateo una llama de esperanza para seguir viviendo. Pero sus terrores no están dispuestos a abandonarlo. Todo es un recuerdo. El recuerdo bañado en sangre de los últimos días de su vida.

Diego Ameixeiras (Lausana, Suiza, 1976) es periodista y autor de una docena de novelas. Escribe en La Voz de Galicia y en El Salto. Desde el 2004, su trayectoria ha sido reconocida con diversos galardones, entre ellos el Premio Xerais de Novela, el Premio Losada Diéguez o el Premio Nacional de la Crítica. Ha escrito piezas teatrales y guiones para cine y series de televisión. Traductor de Dashiell Hammett y Raymond Chandler al gallego. Entre sus novelas, con las que frecuenta el género negro, los ambientes marginales y la crítica social, destacan Dime algo sucio (Pulp Books, 2011), Matarte lentamente (Akal, 2015), Conduce rápido (Akal, 2017), finalista del Premio Hammett, La crueldad de abril (Akal, 2018) y La noche del Caimán (Fondo de Cultura Económica, 2020).

El ciervo y la sombra

,

El ciervo y la sombra

Diego Ameixeiras

ALREVÉS
BARCELONA-2022

Primera edición: noviembre del 2022

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:
EDITORIAL ALREVÉS, S.L.
C/ València, 241, 4.º
08007 Barcelona
info@alreveseditorial.com
www.alreveseditorial.com

© Diego Ameixeiras, 2022
© de la presente edición, 2022, Editorial Alrevés, S.L.
ISBN: 978-84-18584-80-0
Código IBIC: FF
Producción del ePub: booqlab

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Los últimos días de mi vida arden bajo mis párpados.

Mi ansia de Dios explota.

Volvemos a aquella noche. Cuando Silvio, mi ángel de la guarda, hunde su nariz en la raya de cocaína con ansiedad de oso hormiguero. El tipo que lo acompaña, al que llaman *el Acacio*, me mira mal. Pero no le he dado motivos.

—Este no abre la boca ni para lavarse los dientes —le dice Silvio—. Tú tranquilo.

El Acacio me clava sus ojos de hielo sucio y no me gusta.

—Será mejor que me vaya —murmuro.

Silvio sigue con sus aventuras de los recreativos, ajeno a mis intenciones.

—Llegué a dominar tanto el *Street Fighter* que conseguí estar tres horas seguidas jugando contra diez tipos sin que ninguno consiguiera echarme. Os lo juro. Cincuenta y cuatro partidas hasta que me ganó un chaval de Mariñamansa que se las sabía todas.

Los recreativos Seara. Los tiempos del Big Bang. Aquel agujero sin luz y las paredes medio desconchadas de la calle Concello. Entrabas y te noqueaba un puñetazo de sudor y tabaco. Yo nunca jugaba. Ni siquiera al fútbolín. Me metía en el hueco que quedaba entre máquina y máquina y miraba. Era de esos, de los mirones. Me aburría a muerte salvo cuando respirábamos pegamento en el baño con la cabeza dentro de una bolsa. Entonces era distinto.

—Quiero irme —insisto—. Es tarde.

Intento levantarme, pero Silvio se apodera de mi hombro con su mano peluda y me hunde en el sofá. Nunca lo he visto, a Silvio,

sin su gorra negra y las gafas de sol. Ni siquiera en su casa, que es donde estamos ahora. Aquí se lo llevarán las serpientes. La piel de la frente y de las mejillas está cubierta de estrías blanquecinas y cicatrices de aspecto rosado y cerúleo. Un día me dijo que al despertarse tardaba más de una hora en recuperar la vista.

—Te tomas una cerveza con nosotros y luego te largas. Además, la rumana está a punto de llegar. No seas tonto. Habrá para todos.

Silvio se mete otra raya y el Acacio se limpia sus uñas negras con un palillo.

—Enséñame de una puta vez cómo funciona —le dice Silvio frotándose la nariz.

Una pistola Beretta sobre la mesa. El Acacio la coge y dispara varias veces con el cargador vacío. Después se la ofrece a Silvio, que apunta hacia la pared y repite el mismo movimiento de su improvisado instructor.

—Lo mejor es que dispires cerca y al centro del cuerpo.

La voz del Acacio suena como si tuviese alambres oxidados en la garganta.

—Vacías los pulmones, te quedas sin respirar y aprietas el gatillo —añade.

Silvio me apunta y dispara. Se ríe. Todo esto me hace mucha menos gracia que a él.

—Enséñame a cargarla.

El Acacio le muestra cómo introducir el cargador en la empuñadura. Después mete un cartucho en la recámara.

—Listo. Ahora solo tendrías que apretar otra vez el gatillo.

Silvio juega un rato con la pistola y vuelve a dejarla sobre la mesa. Después asiente como si un pensamiento brillante, una gran supernova, hubiese iluminado su cerebro. Se sirve un whisky y enciende un cigarrillo. El ambiente, con tanta humareda, se ha ido cargando demasiado. Tengo calor, me

gustaría abrir la ventana. Arrojar me al vacío. Pero ni al Acacio ni a Silvio les importa que nos ahogemos aquí dentro. Vemos los anuncios de la televisión. Silvio cambia de canal. Un tipo bronceado camina por una playa. Al fondo se ven unas palmeras y gente bailando en una fiesta. A su lado aparece una chica de aspecto oriental. Lleva un bikini minúsculo. Silvio reconstruye su cuerpo con las manos, esculpiendo el aire. Le acaricia las nalgas y la invita a cabalgar sobre sus piernas. El Acacio se ríe como si le doliesen la muelas.

—Estaría bien irse a Tailandia. En cuanto consiga algo de pasta, me voy de excursión.

Silvio apaga el televisor. Bajo sus pies descalzos se retuerce una alfombra llena de manchas y de agujeros de cigarrillos. Me ofrece un trozo frío de pizza barbacoa, pero ya no tengo hambre. El Acacio tampoco. Así que el único que come ahora es Silvio, que parece no haber arrojado nada al estómago desde hace meses. La medicina en su nariz no le ha quitado el apetito.

—A ti también te haría falta largarte unos días, Mateo —añade mirándome—. Podríamos irnos un par de semanas y alegrarnos el cuerpo como nos merecemos. Vuelves a tener mala cara, se te va a quedar así para siempre. Eso no puede ser. A los amargados no los quiere nadie.

Mi padre decía que el destino de la gente queda decidido en la infancia. Ese fue mi caso. Mi rostro se llenó de sombras cuando solo era un niño y una angustia terrible se apoderó de mí sin que nadie se diese cuenta. Sufrí muy pronto la tortura de mis pensamientos porque sabía que la vida, al hacerme mayor, me conduciría al infierno.

—Mis planes son diferentes.

—Nunca dices nada. Siempre estás callado, metido en tu mundo de mierda. Tú sabes que me preocupo por ti aunque a veces no te lo demuestre. ¿Es por lo de tus padres? Escúchame, no quiero repetírtelo otra vez: uno tiene que estar dispuesto a

soportarlo todo. El desamor, el dolor, la soledad, un bote con ácido en la puta cara. La muerte. Todo lo que nos ocurre es una señal. Si una puerta se cierra, no se llora. Se entra a patadas en otro sitio.

El Acacio vuelve a limpiarse las uñas con el palillo. Me acabo la cerveza. Silvio carga la pistola un par de veces.

—¿Así está bien? —le pregunta al Acacio.

—Parece que lo hubieras hecho toda la vida.

Es la primera vez que el Acacio revela algún tipo de entusiasmo. Si es que a eso que muestra mientras se rasca la entrepierna se le puede llamar así. Silvio manosea el arma. Su respiración va perdiendo fuelle. Cuando se pone a pensar, de su cabeza sale el humo de un motor accidentado.

—Mateo, el otro día me crucé con tu amigo el cura. Se está quedando en los huesos. Es un puto andamio con piernas. Dios adelgaza mucho. Tienes que vigilar su dieta.

Me levanto y abro la ventana. La noche y su calor tormentoso de agosto se infiltran en el salón. Ahora es Silvio el que me mira mal, no el Acacio. Estoy seguro. Me inquieta la expresividad satinada de sus Ray-Ban. Quizás haya entendido mi impulso hacia la ventana como un ataque a su orgullo. El último baile de la presa antes de ser cazada.

—Imagina que tuvieses que buscarte otro camello —le digo.

Silvio me hace un gesto para que me acerque, pero no me muevo de la ventana. Miro hacia la calle. El vacío. Siempre me atrajo ese salto. El vuelo inapelable, la tentación del equilibrista. La aceleración del suelo.

—No me jodas. Ven aquí y saca todo lo que tengas en los bolsillos.

Una noche, sentado en la acera, vi una gaviota desplomarse sobre un contenedor de basura. Alguien gritó en una ventana. Salí corriendo.

—¿Prefieres hacerlo por las buenas o quieres que me enfade?
—insiste Silvio.

Llevo cinco gramos. Dejo el material junto a la pistola y no sé por qué me humillo de esta manera. Pero este cabrón está muy ciego, ahora tiene una Beretta cargada y el Acacio le ha enseñado a utilizarla.

—Aquí tienes. No llevo más encima.

Silvio saca un fajo de billetes del bolsillo. Algo más de lo que yo sacaría vendiendo los cinco gramos. Me tiende la pasta mientras mira la pantalla de su teléfono.

—Vamos a tener que llamar a esa rumana otra vez —le dice al Acacio—. Son las tres. Ahora sí que está tardando.

Billetes nuevos y brillantes. Con esto puedo pagar el alquiler de este mes y regalarle una botella de vino a la profesora por su cumpleaños. Silvio se prepara otra raya de medio metro. Pasa la aspiradora. Empiezo a saber cómo acabará todo esto. Me pongo la cazadora.

—No vas a dejarlo, Mateo. Eres un tipo especial, sabes escuchar a la gente. No puedes renunciar a que te quieran.

—Estás insoportable esta noche. ¿Me puedo largar ya o tengo que seguir aplaudiendo tus prácticas de tiro?

Sufrir el impacto de una bala, me explicó el padre Andrés, es como recibir un empujón muy violento. Te caes y piensas que has tenido suerte si no te han alcanzado el corazón o la cabeza. Aunque lo más posible es que para entonces ya estés empezando a morirte desangrado. Si la bala penetra en tu cuerpo por una arteria del brazo, las ingles, o debajo de las clavículas, es que vas a sentir el calor de tu propia sangre derramándose. Y te morirás si alguien no te corta la hemorragia. Ahí se acabará todo. Pienso a menudo en ese charco rojo y caliente bañando mi cuerpo. Al padre Andrés le dispararon en la selva.

—¿Por qué no te quedas? —insiste Silvio—. Nos lo pasaremos bien.